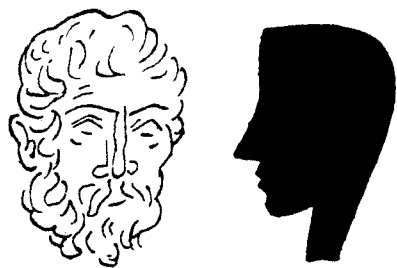


ESCRITOS POLITICOS DE CARLOS VII

MELCHOR FERRER



LIBROS DE ACTUALIDAD INTELLECTUAL
EDITORIA NACIONAL

R. 11398

MELCHOR FERRER

ESCRITOS POLITICOS
DE
CARLOS VII

EDITORIA NACIONAL
MADRID 1957

nerandas libertades. Vivirán a la sombra del verdadero estandarte de España; Yo le conservo puro y sin mancha para cuando Dios señale la hora de su justicia.

CARLOS

Mayo de 1877.»

(XLI)

CARTA AL TENIENTE GENERAL MARQUES DE VALDE-ESPINA

(Mayo 1877)

«Mi querido Valde-Espina: Mientras mi palabra pudo servir de pretexto para comprometer las antiguas libertades del pueblo vasconavarro, he guardado silencio.

Hoy, que el Gobierno de Madrid ha realizado su obra de destrucción, Yo, Rey y Señor de estas nobles provincias, debo recordar que recibí juramento solemne, que me han proclamado y que bajo el Arbol sagrado de Guernica, como en las Juntas de Villafranca, juré guardar sus Fueros, buenos usos y costumbres.

Los que crean que los Fueros son contrarios a la unidad nacional, se equivocan; nadie hay más español que Yo: nadie desea más la unidad y vigor de la Patria; pero, por lo mismo, como custodio de los derechos de todos los españoles, alzo mi voz, y uniéndola a la del pueblo vasco oprimido, y a la de los hombres de bien de España, protesto contra un decreto inicuo, contra un nuevo atentado de la Revolución a instituciones venerables, consagradas por la ley y por los siglos.

El pueblo vascongado sabe que la Monarquía legítima ha sido su baluarte; la Historia consigna la íntima unión que ha existido entre el pueblo vasco y los Monarcas castellanos.

No se deje abatir ese noble pueblo; no llore la muerte de sus Ve-

(L)

CARTA AL GENERAL MARQUES DE VALDE-ESPINA

(4 septiembre 1885)

«Viareggio, 4 de Septiembre de 1885.

Mi querido **Valde-Espina**: La noticia de la usurpación cometida por los alemanes en las Carolinas viene a perturbar dolorosamente la paz de que aquí gozaba rodeado de toda mi familia.

Una sola consideración calma algún tanto mis ansiedades. Tú ya sabes, porque conmigo compartiste las tristezas del destierro, hasta qué punto la distancia aquilata y apura el amor a nuestra adorada España y cuánto se acrece la susceptibilidad del patriotismo con la ausencia.

Acaso mi corazón se exagera peligros que le parecerían pueriles si yo tuviese la incomparable dicha de habitar entre vosotros.

Pero si los sucesos me obligan a renunciar a esta última esperanza, y si el honor y la bandera de España necesitan ser defendidos con las armas en la mano, quiero que aquel día sepan todos vuestros amigos que yo los autorizo a combatir por esos sagrados objetos. Más aún que autorizarlos: se lo ruego.

Para los que me habéis acompañado durante mi permanencia en España no era tal declaración necesaria. Os consta que todo interés personal lo pospongo a la integridad de la Patria.

Pero lo que vosotros no ignoráis, repítalo a todos tu palabra autorizada, para que sepan los que vayan a dar su sangre por España que serán seguidos por mí con admiración, con aplauso y, ¿por qué no decirlo?, con envidia.

Que Dios te guarde, mi querido Valde-Espina, como de corazón te lo desea tu afectísimo,

CARLOS.»

(LI)

CARTA A LOS GENERALES DON FRANCISCO CAVERO
Y DON ELICIO DE BERRIZ

(6 septiembre 1885)

«Viareggio, 6 de septiembre de 1885.

Mis queridos Cavero y Bériz: Adjunta os envío una copia de las cartas que escribí ayer a Valde-Espina sin tener aún conocimiento de las gravísimas noticias que en este momento leo en los periódicos.

Mi deseo es que el partido carlista demuestre que entre todos los de España es el más español, y que cuando se trata de dar la sangre por la Patria es el primero en sacrificarse, aunque no sea suya la culpa de lo que sucede.

No podéis figuraros mi pena al verme imposibilitado de tomar parte en la guerra, si llega a estallar; pero me alegraré que figuren, con mi autorización, nombres ilustres del partido.

Tengo mucho que hacer, y os saluda cordialmente
vuestro afectísimo,

CARLOS.»

(LXII)

CARTA AL GENERAL MARQUES DE VALDE-ESPINA

(8 octubre 1887)

«Mi querido Valde-Espina: Con vivo placer he leído el Mensaje, fechado el 30 de septiembre, que tú y los Subdelegados de la Región vasco-navarra y Castilla la Vieja me dirigís felicitándome por mi viaje a las repúblicas hispanoamericanas. En nombre mío da las gracias a los que contigo lo firman, y díles que nunca olvidaré la cooperación que te han prestado durante mi ausencia.

Transmíteles, igualmente, como el de mayor graduación entre ellos, a los Delegados y Subdelegados del resto de España.

Tenéis razón en afirmar que mi visita a las antiguas posesiones españolas formará época en mi vida. Toda ella está consagrada a España, y bendigo a la Providencia, que en este espléndido viaje me ha suscitado a cada paso nuevas ocasiones de admirarla y de servirla. De admirarla, porque en todas partes, en los mares y en las cordilleras, en las nieves de los Andes y en los desolados médanos del desierto, he visto escrita con caracteres indelibles sus grandezas, superando a las de cualquiera nación. De servirla, porque las demostraciones de entusiasmo y de cariño que por doquiera me han acogido se convertían en otras manifestaciones del culto que hacia la madre Patria arde en los corazones de tantos descendientes de españoles.

Aquellas hijas emancipadas nuestras han heredado, como decís perfectamente, con el armonioso idioma de Cervantes, las costumbres cris-

tianas y caballerescas de su antigua metrópoli; pero cada una conserva además y cultiva con esmero un rasgo especial que les da fisonomía propia.

En Colombia, la pureza y corrección del lenguaje recuerdan el siglo de oro de nuestra literatura. En el Perú, el natural desprendimiento, la cultura del trato y lo aristocrático de las costumbres traen a la memoria los esplendores del Virreynato, florón de la corona de Castilla. En Chile, Esparta cristiana, se admira el espectáculo de una república animada por un alma monárquica, con robustos organismos públicos, con férrea unidad de poder y con fuerzas católicas vitales que lo fecundan. En el Uruguay y en la República Argentina, la más inaudita prosperidad material que registran nuestros tiempos convierten el Paraná, el Plata y todas las grandes vías fluviales que surcan el país en verdaderos ríos de oro, y permite surgir de la tierra en pocos meses y por un simple decreto populosas ciudades que aventajan a muchas capitales europeas. Prodigios de fecundidad que rivalizan con los que, pocos meses antes, había contemplado en el istmo de Panamá, donde el esfuerzo humano, encauzando las fuentes naturales de riqueza, abre a la industria y al comercio vastísimos horizontes.

Quédame el pesar de no haber podido en el Ecuador conocer a los continuadores de la obra de García Moreno, ni admirar en el Paraguay la heroica raza de los soldados cuyos elogios he oído incesantemente de labios de los que los combatieron, ni recorrer las maravillosas regiones mineras de Bolivia, ni saludar a las repúblicas del Centro-América más que por conducto del General Posada.

Pero mi pensamiento volaba a Méjico, donde once años ha pasé momentos que nunca saldrán de mi corazón ni de mi memoria, y reconstituyendo con la imaginación el más vasto imperio colonial que el sol ha alumbrado, sentía fundírseme el alma en entusiasta y filial admiración hacia España.

Por primera vez en la vida casi he llegado a consolarme del destierro. Tal vez sin él no hubiese podido nunca ir a postrarme extático delante de esos imperecederos monumentos de la gloria de nuestra raza.

A mucho nos obliga venir de tan heroico abolengo. A mucho me obliga a mí especialmente el hallarme a la cabeza de los que habéis heredado el espíritu, la bandera y los ideales de los conquistadores.

Regreso cerca de vosotros, mi querido Valde-Espina, penetrado más que nunca de la alteza de mis deberes y fortalecido con el saludo de tantos millares de hermanos nuestros de armas, refugiados en aquellos hospitalarios países, esperando la hora en que España vuelva a necesitarlos.

Tu felicitación y la de tus compañeros me prueban que sois capaces de comprenderme y secundarme, y que vuestros corazones se hallan abiertos a sentimientos generosos y a ideas elevadas.

Con vuestro concurso cuento, y con la estrecha unión en torno mío de todos los que aman España en la medida que la amo yo, dispuestos a ofrecer por ella, desde el sacrificio de la vida, que es lo de menos, hasta el perdón y el olvido de los más hondos agravios.

Dios te guarde como de corazón lo desea tu afectísimo,

CARLOS

Palacio Loredan, 8 de octubre de 1887.»

(LXXIII)

CARTA AL GENERAL MARQUES DE VALDE-ESPINA

(6 enero 1890)

«Venceia, 6 de enero de 1890.

Mi querido **Valde-Espina**: El mensaje que encabezado por ti me dirigen los Jefes y Oficiales de la División Vizcaína ha llenado mi corazón de júbilo recordándome los años más felices de mi existencia, cuando a la cabeza de mis heroicos voluntarios hacía frente a la revolución desencadenada en España.

Si mi fe necesitase aliento este acto me lo daría.

Tenéis razón los que derramasteis vuestra sangre y expusisteis la vida en cien combates por la fe de nuestros padres, la tierra bendita que ellos inmortalizaron con sus hazañas y el trono secular y legítimo, no podíais dudar de vuestro Rey, como el Rey no duda de vosotros.

Queriendo, pues, dar una prueba de mi agradecimiento, no sólo a la División Vizcaína, sino a los restos todos de mi heroico ejército, entrego al Coronel Sarasola, para ti, una de las fajas de capitán general que usé en la guerra y que en tantos gloriosos encuentros saludaron las balas. Si Dios quiere que un día vuelva yo a España, estaré orgulloso de vértela ceñida. Si no, légala a tus hijos como testimonio de la justicia del Rey, del cariño de un amigo y del entusiasmo de un compañero de armas.

Con ella entiendo premiar tus servicios individuales y saludar en ti a la digna personificación de la fidelidad carlista y del honor español.

M E L C H O R F E R R E R

A todos los buenos tengo presentes en este instante; lo mismo a los que sucumbieron que a los que viven; lo mismo a los veteranos, tus compañeros de siempre, que a la entusiasta juventud que hoy está creciendo, admiradora de vuestras glorias y ansiosa de emularlas.

Guárdate Dios, mi querido Valde-Espina, como de corazón lo desea tu afectísimo,

CARLOS.»

(LXXVII)

CARTA AL PRINCIPE DE VALORI

(5 octubre 1890)

«Mi querido Valori: Acabo de leer su noble discurso de Santa Ana d'Auray y doy gracias a los que me pidieron que enviara a representarme en Bretaña a una persona como usted, que, fiel intérprete de mis sentimientos desde hace diez años, los traduce con la precisión y cortesía que yo estimo en tanto.

Mucho le envidio por haber ido a Bretaña, a esa Vizcaya francesa, donde no puede darse un paso, según feliz expresión de usted, sin tropezar con un recuerdo glorioso; venturosa tierra de Armónica, ilustrada por los Cathelineau, los Charette y los Larochejaquelin, celtas como los Zumalacárregui, los Ollo, los Elio, los Valde-Espina y mil otros hijos de Navarra y del país vascongado; tierra donde además se levanta imperecedera la memoria de uno de los grandes nombres de mi familia: María Carolina de Borbón.

Si, como Rey legítimo de España, no quiero intervenir en la política interior ni exterior de Francia, incúmbeme el deber de amar a ésta como desde hace doce siglos se le ama en mi familia.

Y si, en mi santa pasión por España, no reclamo inmediatamente mis derechos a la Corona de Francia, resérvome el de recordar a mis amigos franceses que sus antepasados fueron conducidos por los míos a Dios, a la grandeza y a la victoria. Y al lado de ese derecho quedame el de afirmar que siendo el primogénito de las Casas de Es-

paña y Francia, para llegar al Trono por orden de progenitura hay que pasar detrás de mí.

Gracias, mi querido Príncipe, por su constante abnegación. En los días de prueba veíase siempre en los siglos pasados un Valori al servicio de un Borbón. Compláceme que esa tradición secular continúe hoy.

Traslade usted mis palabras a los que bien me quieren y que en Santa Ana d'Auray me lo han probado una vez más, y créame siempre, mi querido Valori, su afectísimo,

CARLOS

Venecia, 5 de octubre de 1890.»

(XC)

REAL AUTOGRAFO PARA EL PERIODICO *EL CENTRO*,
DE VALENCIA

(21 junio 1895)

«Aplaudo el pensamiento que ha tenido *El Centro*, de Valencia, como de celebrar una fiesta de la familia carlista el onomástico del Marqués de Cerralbo. Honrar a un hombre como él, haciendo pública justicia a sus dotes y servicios, es honrar a la Patria y honrarme a mí mismo.

Mis órdenes no podrían tener ejecutor más obediente, ni mis pensamientos intérprete más discreto y escrupuloso.

Con la inmensa red que por toda España ha tendido, ha sabido llevar a la práctica una de mis aspiraciones: la de unir las voluntades en el sacrificio.

Con su inquebrantable firmeza en los principios y en su espíritu de ilimitada conciliación en todo lo demás he satisfecho otra de las constantes aspiraciones de mi vida: la de darnos a conocer tales como somos, resueltos a no transigir en el terreno de las ideas, pero a llevar en el de las personas el perdón y el olvido hasta los últimos límites permitidos por la dignidad.

Felicito a *El Centro* por su iniciativa y por asociar a la fiesta de mi fiel Representante, el 15 de Julio, a nuestras admirables masas, que son la suprema esperanza de la Patria, precisamente porque sienten y juzgan y piensan todo lo contrario que los nefastos detentadores del poder, y si hace falta sabrán morir, al lado mío, por la salvación de España.

M E L C H O R F E R R E R

Digno de ellos es el noble Marqués, que en Valencia acreditó cumplidamente su valor. Todos admiraron su serenidad ante el peligro, y un juez, cual pocos, en heroísmo, mi inolvidable **Va de Espina**, tribútóle aplausos que, viniendo de aquel adalid, valen tanto como la más preciada condecoración militar.

Justo es que de corazones valencianos haya brotado el deseo de tejerle una corona laureada, que el Rey y la conciencia nacional ofrezcan al hombre grande por su nacimiento y no menos grande por su conducta, dispuesto siempre a sacrificarlo todo al honor y al deber.

CARLOS

Venecia, 21 de junio de 1895.»